

Beato Carlos de Habsburgo

Compañero en nuestro camino

*Bienaventurados los que trabajan por la paz
porque serán reconocidos como hijos de Dios.*

Frater Porfirio Arellano
Del Consejo de Gobierno



Carlos de Habsburgo, heredero del trono del Imperio Austro Húngaro, nace el 17 de agosto de 1887, en Persenbeug a 100 km del oeste de Viena.

El Imperio Austro Húngaro dominó la zona centro oriental de Europa, desde el siglo XV cuando Alberto II de Habsburgo tomó el poder del Sacro Imperio Romano Germánico. Alcanzó su máximo esplendor en el siglo XVI con Carlos I de España y V de Alemania.

En el año del nacimiento del Beato, el Emperador es su bisabuelo Francisco José, Emperador desde 1848 hasta 1916 (68 años). Él tuvo 3 hijos: Gisela, Rodolfo y Valeria. Rodolfo murió en 1889 y dejó 4 hijos: Francisco Fernando, Otto, María e Isabel. Francisco Fernando heredero del trono es asesinado con su esposa en Sarajevo, Boznia, detonante de la primera Guerra Mundial.

Otto muere en 1906, y deja dos hijos, Carlos y Maximiliano. Carlos por ser el mayor, pasa a ser el heredero legítimo del trono.

Su madre María Josefa, piadosa y muy católica, procura darle al niño una educación especial, una sólida cultura y una profunda enseñanza religiosa.

Desde niño siempre estuvo pendiente de ayudar a los desposeídos, causando admiración y extrañeza por todos los integrantes del Imperio. Los profesores asignados a su formación nunca dejaban de alabar las cualidades morales, intelectuales y piadosas del príncipe.



Como todos los príncipes tuvo una formación militar muy exigente, destacándose en todas las disciplinas específicamente en esgrima, equitación, armamentos y estrategia militar. Moderado al comer, ayunaba con mucha frecuencia. Participaba diariamente en la misa y comulgaba todos los días. Como militar fue obediente a sus superiores y justo con sus subalternos.

No faltó la envidia y fue calumniado en múltiples ocasiones por sus mismos compañeros de armas, asociándolo con fiestas y borracheras, demostrándose después la falsedad de esta información y el dolor de la calumnia.

El 13 de junio de 1911 contrae matrimonio con Zita, princesa de Borbón Parma. Linda mujer de gran inteligencia y corazón de oro. Ese día le murmuró al oído de su futura esposa: «*Ahora vamos a ayudarnos mutuamente a ganar el cielo*». De este matrimonio nacieron 7 hijos: Otto, en 1912; Adelaida, en 1914; Roberto, en 1915; Félix, en 1916; Carlos Luis, en 1918; Rodolfo, en 1919; Carlota, en 1921 e Isabel, en 1922.

En esta época la monarquía se estaba desmoronando por los desafueros de Francisco José, el cual le pide a su hijo Francisco Fernando, príncipe heredero que lo represente en Bosnia en unas maniobras que se iban a desarrollar, y allí es asesinado el 27 de junio de 1914 junto con su esposa

Sofía. El Emperador le declara la guerra a Serbia. Rusia apoya a Serbia y Francia ayuda a Rusia. Alemania le declara la guerra a Rusia el 1º de agosto y a Francia el 3 de agosto. Se inicia, así, la Primera Guerra Mundial. Carlos pasa a ser el heredero legítimo del trono. Él hizo lo imposible, mediante cartas, testimonios, viajes y entrevistas, por detener la guerra y establecer la paz. Todo este esfuerzo fue en vano. En el frente fue modelo y consuelo de los soldados. Nunca dejó de oír misa diaria y comulgar, rezando continuamente para detener la guerra.



El día de su asunción al trono, dijo: *«Al pedir al cielo gracia y bendición para mí y para mi casa, así como para mis amados pueblos, juro ante el Todopoderoso administrar fielmente los bienes que me han legado mis antepasados. Haré todo lo que esté dentro de mis posibilidades para desterrar en el plazo más breve, los horrores y los sacrificios que acarrea la guerra y para devolver a mi pueblo los beneficios de la paz».*

El Imperio tenía 52,5 millones de habitantes y era el segundo más extenso de Europa, siendo una gran potencia económica y cultural.

Era un mismo soberano para dos gobiernos: Austria y Hungría. Estos pueblos tuvieron siempre sus diferencias en culturas y lenguas. Tenían relaciones muy tensas antes de la Guerra y con ella aumentaron las hostilidades en reclamo de derechos.

Reposan en los diferentes textos de historia, los esfuerzos, cartas, viajes y entrevistas del Beato por la paz. Tristemente todo fue en vano, pues aumentaron los odios y recrudeció la guerra. Apoyó en todo momento los esfuerzos del Santo Padre Benedicto XV en favor de la paz del mundo.

En el exilio podrá decir al Padre Camot: *«ningún soldado ha caído por mi culpa»*. En todas sus cartas mencionaba la Voluntad de Dios. Leía la Biblia y llevaba en el bolsillo el santo rosario que le regaló el Papa Pío X. Comentaba en broma que



necesitaba uno nuevo por lo gastado que estaba el suyo. Modesto, comprensivo, se abstenía de juzgar y perdonaba gustoso. Generoso, firmó ordenanzas de carácter humanitario, puso sus caballos y carrozas al servicio de la municipalidad. Mandó abrir numerosas cocinas populares. Le decían el Emperador del Pueblo. Abolió el castigo a los soldados que consistía en pegarles atados a un poste. Prohibió la incautación de viviendas para usos de los oficiales.

En 1917 la guerra se recrudecía, la situación en los frentes era muy grave. En 1918 escasean los alimentos en Viena, aumenta el hambre, la gripe española causaba estragos, soldados húngaros morían de hambre. Carlos renuncia ante la presión de sus enemigos a la jefatura de Estado el 11 de noviembre de 1918, mas no a sus derechos como jefe de la dinastía. Se disuelve el Imperio y Carlos y su familia se asilan en Suiza. El 12 la Asamblea Nacional de Austria convierte el Imperio en República. El 16 se proclamó la República de Hungría y el 1 de diciembre los reinos de Serbios, Croatas y Eslovenos, se bautizan como la República de Yugoslavia.

Carlos nunca tuvo palabras de rencor para nadie. La guerra dejó 8 millones de soldados muertos y 10 millones de civiles fallecidos por el hambre, enfermedades y privaciones de aquellos años, además, miles de heridos.

En 1919 le confiscaron todos los bienes de Austria y Hungría.

El 19 de octubre de 1921 desembarca en Funchal, capital de la Isla de Madeira. Sumergido en la pobreza, le asignaron una casa muy húmeda donde se enfermó y acepto su enfermedad como un sacrificio por la paz y la unidad de sus pueblos.

Tres frases resaltan en el momento de su muerte, el 1 de abril de 1922:



Suiza, en el exilio.



«Salvador mío que se haga vuestra voluntad».

«Sagrado Corazón de Jesús en vos confío».

«Jesús María y José».

Expiró con la mirada dirigida al Santísimo Sacramento.

En Madeira nunca se había visto un funeral con tanta gente como el del Emperador Carlos. Todo el pueblo se avocó a las exequias, era muy querido sobre todo por los más desposeídos. En su lápida, bajo el altar de Nuestra Señora, en el Monte de Madeira, descansa el cuerpo del Emperador Rey, la cual lleva el siguiente epitafio:

Carlos I, por la gracia de Dios, Emperador de Austria,

Rey de Bohemia,

Rey apostólico de Hungría, cuarto de nombre.

Nacido en Persenbeug el 17-8-1887

Muerto en Madeira el 1-4-1922

Adorando al Santísimo Sacramento presente

y diciendo: ¡Hágase tu voluntad!

Esta tumba siempre está llena de flores y muy visitada por fieles de todo el mundo.

En 1920, un militar Austro- Húngaro que admiraba profundamente su figura, decidió que su hijo recién nacido se llamara en su honor, Karol. 84 años más tarde, en el año 2004, el hijo de ese militar, un 3 de octubre a las 10 de la mañana, siendo el Papa Juan Pablo II, estaba proclamando su beatificación al mundo, una vez comprobadas sus virtudes heroicas y aprobado un milagro.

Su fiesta litúrgica se celebra el 21 de octubre, fecha de su matrimonio.

Pedimos su intersección por la paz de nuestros pueblos.

David Okelo

y Jildo Irwa

Mártires del siglo XX en Uganda

Dra. Guadalupe Urdaneta Lafeé
Médico



Uganda es un país de África que fue colonizado por los ingleses, ahí se estableció en el año 1915 una misión católica para catequizar a las tribus autóctonas de la zona específicamente los Acholis. Teniendo sólo tres años de establecida la misión, dos jóvenes catequistas dieron su vida por causa de la Fe. Juan Pablo II los beatificó en una ceremonia que tuvo lugar el día 20 de octubre de 2002.

El Santo Padre Juan Pablo II destino la Basílica de San Bartolomé, en la isla de Tiberina, para ser lugar de la memoria de los mártires del siglo XX .En esa Basílica donde se conservan las reliquias del apóstol San Bartolomé y donde se veneran los restos mortales de San Adalberto, resuena el elocuente testimonio de todos los que, no solo durante el siglo XX sino también desde los inicios de la Iglesia, viviendo el amor, entregaron su vida a Cristo en el martirio.

Los beatos de los que hablaremos a continuación pertenecen al grupo de mártires del siglo XX que beatificó su Santidad Juan Pablo II. Son dos jóvenes que recibieron la corona del martirio juntos el día 19 de octubre de 1918, el mayor de ellos David Okelo, tenía 16 años al momento del martirio, y su acompañante y asistente en la catequesis Gildo Irwa, tenía 12 años; fueron martirizados dándoles muerte a cuchilladas y atravesándolos con una lanza.

Los cristianos del lugar del martirio Palamiku, cerca de Paimol, aldea situada al norte de Uganda, en la cuenca del alto Nilo cambiaron el nombre del lugar por: Wi-Polo «En el cielo», para recordar el premio concedido por Dios a los dos adolescentes.

David Okelo nació en 1902 cerca de Ogom-Payira, en un pueblo ubicado al norte de Uganda. Era hijo de paganos, Lodi y Amona. Fue bautizado a los 14 años de edad por el Padre Cesáreo Gambareto, el 1º de junio de 1916. Recibió la primera comunión el mismo día y fue confirmado el día 15 de octubre de 1916, luego de haber recibido los sacramentos de la iniciación religiosa y completada su formación, se alistó para ser catequista.

David es descrito como un hombre joven de carácter pacífico y tímido, diligente en sus tareas como catequista y querido de todos. Nunca se vio involucrado en disputas tribales o políticas.

Sobre David tuvo una influencia muy marcada un catequista llamado Antonio que era encargado de la región de Paimol. Este falleció, y la admiración por él unidas al celo de David por transmitir a sus semejantes la Fe, le llevó a ofrecerse voluntariamente a pesar de su corta edad –15 años– para reemplazarlo a comienzos del mes de enero de 1917. La respuesta tardó en llegar, siendo sólo a finales del año 1917 cuando en una reunión mensual de catequistas, se le aceptó su petición asignándole como asistente a un joven cuatro años menor que él: Jildo Irwa.

Los dos jóvenes se presentaron entonces ante el Padre Cesáreo Gambareto jefe de la misión de Kitgum, quien les advirtió de la gran dificultad que representaba la misión a la cual se estaban proponiendo. También les hizo saber que las distancias en la zona eran considerables –80 kilómetros– y que los peligros eran múltiples.

Esa zona fue colonizada por los ingleses y habían sentimientos anticolonialistas muy fuertes, que sumados a las dificultades que se presentaban en el mundo posterior a la primera guerra mundial, llevaron a una situación de carestía muy grande y las comunidades instigadas por los brujos locales y por movimientos anticristianos a lo que se le unían enfermedades como peste y viruela, hacían que los misioneros fueran blanco de agresiones debido a que se atribuían todos los males a la presencia de la nueva religión en la zona.

Antes de asignárseles la misión y advertidos de los peligros, el Padre Gambareto le preguntó a David, ¿Y si los matan? «Iremos al paraíso», fue su respuesta inmediata. «Ya está allí Antonio» –añadió David–. «No temo la muerte». ¿No murió Jesús por nosotros?

Partieron para la zona en noviembre de 1917. Con ellos fue Bonifacio Okot a la cabeza, como jefe de catequistas de Kitgum, y once meses más tarde fueron asesinados por odio a la Fe. Su martirio fue documentado por los habitantes de Paimol y ocho testigos oculares, entre los que se encontraba uno de los que les dio muerte.

La forma como implementaron la rutina de la instrucción catequística en la región fue la siguiente: al alba de todos los días, exceptuando el domingo donde tenía lugar una ceremonia mayor, se tocaban los tambores para congregar a los catecúmenos a la oración de la mañana que consistía en el rezo del santo rosario, acompañado de la memorización de las verdades fundamentales del catecismo para lo cual se valían de cantos. Luego salían a visitar los caseríos vecinos y a instruir a los catecúmenos que se encontraban haciendo labores de campo y cuidando los animales. Al anochecer convocaban nuevamente a los rezos de la tarde comenzando con el santo rosario y cantos a la Santísima Virgen. Los días domingos se hacía un servicio de oración en forma conjunta con otros catequistas y catecúmenos de la zona.

Aquí la labor de catequista era realizada sin descanso y se ganaba el sustento trabajando en los campos.

Sorprende sobremanera la madurez de la fe, la conciencia de celo apostólico y la abnegación de la entrega, considerando la corta edad y lo árido de la zona a evangelizar. Finalmente el día 19 de octubre, al amanecer del alba, fueron buscando a David, dándole oportunidad de salir ileso si dejaba de instruir a los de la zona en la nueva religión, a lo que se negó, ya que él estaba a ahí para transmitir la religión. En consecuencia lo sacaron fuera de la casa donde se encontraba y lo mataron, dándole cuchilladas y atravesándolo con una lanza.

Jildo Irwa nació en 1906, cerca del pueblo de Bar-Kitoba al noroeste de Kitgum, de padres paganos que luego se convirtieron al cristianismo. Sus padres: Ato, su mamá, y Okeny su papá. Fue bautizado el día 6 de junio de 1916 a la edad de 10 años y el mismo día recibió la Primera Comuni3n, siendo confirmado cuatro meses después el día 15 de octubre de 1916.

El Padre Cesáreo describió a Jildo como un joven mucho más pequeño que David, de amorosa y gentil naturaleza, bastante inteligente, que fue asignado como asistente de catequista para David Okelo. Al completar su formación religiosa y una vez recibidos los sacramentos de la iniciación de la

Fe, partió con él para la zona de Paimol. Inmediatamente comenzó su trabajo, siéndole muy útil a David por su manera tan delicada y con la insistencia infantil que tenía en reunir a las personas para la instrucción religiosa. Sabía entretener a todos con sus ojos inocentes llenos de paz, y con canciones alegres. Hacía poco que había recibido el bautismo y conservaba intacta la gracia bautismal en su corazón, de tal forma que transparentaba una alegría fascinante que le permitió hacerse querer bien de todos. Estaba siempre disponible y realizaba de una manera ejemplar su labor de asistente de catequista.

La mañana de su martirio, David le puso sobre aviso del posible fin cruento que podrían tener. Jildo le respondió ¿Por qué debemos temer? nosotros no hemos hecho nada malo, estamos aquí porque el Padre nos envió con el mandato de enseñar la Palabra de Dios. No tengamos miedo, lo mismo les repite a los agresores que le invitaron a dejar su labor de ayudante de catequista y así salvar su vida. «Nosotros no hemos hecho nada de malo» yo he venido con David y junto con él he enseñado la Palabra de Dios. Si le van a hacer algo malo a él también me lo harán a mí. De esa forma lo sacaron fuera y batiéndolo al suelo, lo acuchillaron y atravesaron con una lanza el día 19 de octubre de 1918.

Estas dos almas abnegadas y buenas, inocentes y puras, son joyas de la corona de la Santísima Virgen María a quien tenían como aliada en su labor catequística y quien les acompañó en su tránsito a la casa del Padre, estando como Madre Dolorosa al pie de sus cuerpos, injustamente mancillados. Ella, la Reina de los Mártires, nos enseñe de ellos el valor para transmitir nuestra Fe y testimoniar a Jesús valientemente con nuestras vidas, en cualquier circunstancia que nos toque vivir.

Bibliografía

- 1- Il Beatti, Di Giovanni Paolo II volumen V.2001-2004. Librería Editrice Vaticana Paginas 254-256.
- 2- Biografía Beatos: David Okelo Y Jildo Irwa. Archivos Vaticanos ceremonia del día 20 de octubre de 2002. En Ingles, en Español y en Italiano.
- 3- Homilía del Santo Padre Benedicto XVI. Realizada en la Basílica de San Bartolomé en la Isla de Tiberina.

Mi Fe en la Madre Cabrini

Nelson Bocaranda Sardi
Periodista



Francisca Cabrini vino al mundo el 15 de julio de 1850. Fue la penúltima de once hermanos. En su casa conoció la virtud tradicional de unos honestos y sobrios trabajadores de la tierra. Nació en Italia, en Sant'Angelo Logidiano, pequeño pueblo de la Lombardía. Su padre, Agustín, era un modesto propietario. Su madre, Stela Oldini, era modelo de madre tierna y hacendosa. La muerte se fue llevando poco a poco a sus hermanitos. Vivirán únicamente Rosa, Juan Bautista y Francisca. Ésta va creciendo débil y delicada. Su hermana Rosa, que le lleva quince años, ayudará a su madre en la educación de nuestra Santa. Rosa es severa; tiene un rígido sentido del deber. Quiso ser religiosa, más las necesidades de la casa se lo impidieron. Pero en los planes divinos contribuiría a forjar una santa. De su madre heredó Francisca la ternura, de Rosa, un sentido de responsabilidad extraordinario.

Francisca, a los ocho años, recibe el sacramento de la confirmación, que la hace auténtico soldado de Cristo. La firmeza y su espíritu sobrenatural caracterizaron toda su vida y toda su obra. Al año siguiente recibe la Primera Comunión. Débil, tímida, abstraída, cuando llegue la hora su timidez se

cambiará en la franca libertad de la mujer fuerte. A los once años ofrece al Señor su vida. Renovará su promesa a los diecinueve años, aunque a la sazón las circunstancias no fueran muy favorables para ser acogida en un instituto religioso. Teniendo trece años oye hablar a un misionero y decide ser religiosa. Su hermana Rosa la humilla: «*¡Tan pequeña, tan ignorante, y soñando con ser misionera!*» A los dieciocho años consigue en la Escuela Normal de Lodi, el título de maestra. Es de entendimiento despierto y tiene un afán enorme por conocer. Con la desaparición de sus padres –ambos mueren en el espacio de once meses– cuando Francisca tenía veinte años, se cierra ese período de vida familiar tan rico en alegrías íntimas y de tan felices recuerdos. Su hermana Rosa acompañará al hermano Juan Bautista cuando éste emigre a Argentina.

Para Francisca el Magisterio es un sacerdocio. Por consejo de su padre espiritual, va a Vidardo, a suplir a una maestra enferma por 15 días, y permanece en este puesto durante dos años. Su labor en este pueblo es eminentemente apostólico y social. Por esta época un vómito de sangre le cierra las puertas de dos institutos religiosos, ya que con una salud tan débil no se atreven a recibirla. Será una prueba providencial que alargará su permanencia en el mundo para lograr mayor experiencia de las personas y de las cosas.

El Reverendo Serrati, párroco de Vidardo, es trasladado a la parroquia de Codoño. En este pueblo, de 8.000 habitantes, existe el Hospicio de la Providencia, muy necesitado de orden y de cuidado. El nuevo párroco de Codoño sabe muy bien que Francisca, a pesar de sus veintitrés años, es capaz de poner las cosas en su sitio, gobernando una institución en la que un grupo de mujeres mal avenidas hacían gala de piadosas y tenían una responsabilidad para la cual no estaban preparadas. Cabrini viene por obediencia. Es el 12 de agosto de 1874. Francisca Cabrini emite los votos en este Instituto el año 1877, y el 30 de agosto del mismo año es nombrada superiora del Hospicio de la Providencia. Cuando el obispo tiene que disolver el instituto llama a Cabrini: «*Tienes deseos de hacerte misionera, no conozco ningún instituto de misioneras, funda uno*». Francisca Cabrini tiene treinta años cuando escucha estas palabras. El 10 de noviembre de 1880 se firma en Codoño la compra de un edificio y a los cuatro días tiene lugar la consagración de Francisca Cabrini y de sus siete primeras monjas. Preside la imagen del Sagrado Corazón, como en todas las casas que erigirá el nuevo Instituto, que se llamará de Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. El día 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier, lo celebran con gran fervor. Desde esta fecha Francisca se llamará Francisca Javier.

En 1881 obtiene la aprobación diocesana y en 1901 logrará la pontificia. El grano de mostaza empieza a expandirse. La madre Cabrini morirá a los sesenta

y siete años, después de haber fundado personalmente 67 casas. El Papa León XIII, que dio el sello al Instituto, le marcará también el camino. Cabrini buscaba China desde hacía treinta años, pero las necesidades de la Iglesia estaban enfocadas en ese momento en América, donde un éxodo de inmigrantes italianos y europeos, llegaban a sus costas y vivían en una deplorable situación moral y religiosa. Les faltaba la delicadeza y la ternura de una madre. Propuso la idea a Santa Francisca Javier cuando le dice: «Al oriente, no; al occidente, sí».

El 13 de julio de 1888 había partido para América el primer grupo de misioneros de Monseñor Scalabrini: siete sacerdotes y tres legos. Llevaban un crucifijo y la bendición de León XIII. El 21 de marzo de 1889 el navío Bourgogne sale de El Havre llevando a Francisca Javier. Va a Nueva York para hacer su primera fundación. Van la madre y seis religiosas. Cuando llegan casi las hacen volver a Italia por problemas presupuestarios. Cabrini vence el reto diciendo: «Trabajemos, trabajemos. Luego tendremos toda una eternidad para descansar»... A los cuatro meses vuelve a Italia. Y aquella monja que temía al mar, cruzó diecinueve veces el Océano Atlántico.

Fundó en Italia, en Francia, en Inglaterra y en España. Creó personalmente hospitales, preventorios, orfanatos, colegios y asilos en Nueva York, Nueva Orleans, Denver, Los Ángeles, Chicago, Seattle, Filadelfia, etc., etc. En la América Central fundó en Costa Rica, en Panamá y en Nicaragua. Hizo fundaciones en Buenos Aires, Rosario de Santa Fe, Mendoza. En el Brasil abre colegios en Sao Paulo y en Río de Janeiro.

El día 22 de diciembre de 1917, la Madre Cabrini entraba en el paraíso prometido. Moría en Chicago.

En la oración fúnebre el Obispo de Seattle, decía: «Fue una mujer extraordinaria, no solamente en la Historia de América, sino en la Historia del mundo entero». Pío XI la inscribió en el catálogo de los Beatos el día 13 de noviembre de 1938. El Papa Pío XII decretó su canonización el día 20 de junio de 1943, y destacó en un precioso discurso lo fundamental, el impulso interno que animó todas sus obras: era un alma ricamente dotada por la naturaleza y por la gracia. En ella se dieron cita la audacia y el valor, la previsión y la vigilancia, la perspicacia y la constancia. La desconfianza en si misma se tradujo en confianza inmensa en Dios. Fue misionera del Corazón de Jesús, al que hizo conocer, adorar, amar y servir.

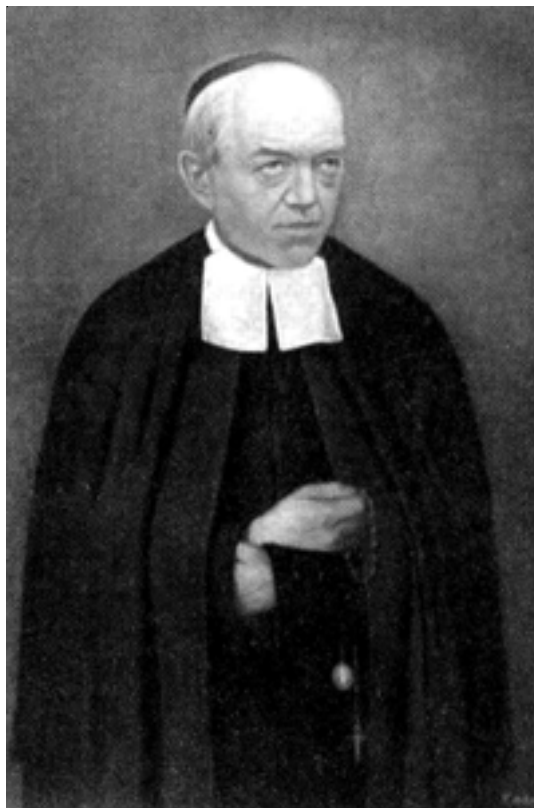
Hermano

Muciano María

Atleta Invicto

F. Luis Corona
Custodio Regional

S. Daniela Corona
Pintora y poetisa



*E*l Hermano Muciano-María nació el 20 de Marzo de 1841 y fue bautizado ese mismo día con el nombre de Luis José, en el pueblo de Mellet, en Bélgica. De este pueblo salió en la primavera del año 1856 a los 15 años, para entrar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas donde estuvo por más de sesenta años, viviendo en pobreza y humildad, y muriendo en un invierno de la Primera Guerra Mundial.

Hijo de una sólida familia cristiana, el Sr. Juan Wiaux y su esposa, gente acomodada que era muy respetada en el pueblo por su gentileza y generosidad y que supo formar a sus seis hijos con una sólida fe cristiana. Para ellos la religión no era una etiqueta. Su familia se convertía, mañana y noche, en un templo en el cual la oración resonaba en común y rodearon a sus hijos de una fuerte ternura, les dieron una educación templada de energía sobrenatural, que abonó sus espíritus para toda la vida.

Ya desde pequeño, sobre las rodillas de su madre, mujer de gran dignidad y espíritu culto, fue educado en la humildad, piedad, obediencia, trabajo, modestia y delicadeza de consciencia y «el Santo Hermano Muciano» fue todo él, en su programa de vida, imagen de estos valores. Por casi tres cuartos de siglo, él construirá su admirable edificio sobre estas bases recibidas en la educación familiar, lo cual lo hace Compañero de Camino para los Atletas de Cristo.

Transcurre su niñez como cualquier otro niño, pero con una característica de liderazgo apostólico, logrando por ejemplo que los compañeritos lo siguieran a la Iglesia diariamente a rezar el rosario. Una vez terminada la primaria y luego de realizar su Primera Comuni3n, no habiendo escuelas superiores en Melle, el padre, hombre pr3ctico, lo llev3 a su herrería, le mostr3 el yunque y el martillo y le dijo: «Para tí...» y él obedeci3. Pero había allí un aprendiz que en varias oportunidades le susurr3 al oído ideas monásticas, y la providencia permiti3 que en ese momento los Hermanos Cristianos se instalaran en Gosselies, un pueblo cercano a Mellet.

Era el ańo 1855 y su trabajo en la bodega de su padre sería breve, porque aunque éste le había dicho: «Serás herrero...», en la serenidad de su corazón una voz le había murmurado: «Serás herrero, pero no como tú crees; tú irás lejos y forjarás tu alma, hasta convertirla en una obra de arte para la vida eterna». A partir de entonces esa voz suave retorn3 su ritmo misterioso y se hizo cada vez más fuerte insistente e irresistible hasta dominar el canto metálico del yunque.

Obedeciendo fue a hablar con el párroco de Melle, Don Saillez, que era un sacerdote venerado y le pidi3 que quería entrar en el Instituto de los Hermanos Cristianos. Éste lo ayud3 y la vocaci3n de Luis Wiaux, era definitiva. Su familia estuvo feliz porque habían visto en los ojos de Luis una luz sublime y daban gracias a Dios por haberlos hechos dignos de tanta espiritual belleza. Un día luminoso de 1856, bendijeron a su hijo que partía hacia Namur con los ojos puestos en la meta y el corazón palpitante en el sueńo de la oferta generosa.

No suele ser fácil al principio la vida en una comunidad religiosa, pero Luis observ3 con atenci3n el proceder de los Hermanos y pronto se sometió con docilidad y sin grandes esfuerzos a la vida religiosa convirtiéndose en el perfecto novicio. Cada día su vocaci3n se hizo más firme y un primero de julio vestía para siempre el hábito religioso enrolándose oficialmente en la milicia divina para siempre, adoptando el nombre de Hermano Muciano María.

Gran influencia tuvo en su formaci3n su director espiritual, el Hermano Nuncio que fue un maestro austero y paternal, y que supo inculcarle la letra y el espíritu de la Regla, vigilando las prácticas de los jóvenes hermanos,

hasta que el 8 de septiembre partió para Cimia, donde daría los primeros pasos en la vida apostólica, precisamente el día en que la Iglesia conmemora el nacimiento de la Virgen.

Él fue un hombre de Dios. Su vida no presentó eventos sensacionales pero esto sólo lo verían así los espíritus superficiales. Su alma tuvo sus combates y sus horas tristes, en las cuales con su esfuerzo triunfó.

Su primera experiencia como docente de 4º Grado, fue un fracaso, por la indisciplina de los alumnos y este hecho amenazó con terminar su vocación de maestro de La Salle, de no ser por la intervención del Hermano Maixentis, arquitecto, que lo asumió bajo su tutoría y le enseñó el arte del diseño y la música instrumental. Aunque él no se sentía dotado en este campo, sino más bien en el literario, por obediencia y amor a Dios asumió este camino por el que anduvo por más de cincuenta años, porque él ya no se pertenecía, sino que pertenecía a Dios.

Igualmente, un buen día el Hermano Maixentis, gran músico y políglota, le encomendó el estudio del armonio. Para esto tampoco el Hermano Muciano tenía alguna dote especial, pero aceptó obedientemente y aunque nunca llegó a la excelencia en este campo, los que le oían tocar sentían que su música era un canto al Señor. Servir, he allí la fuerza íntima de las ordenes religiosas para lograr la santidad, y este Santo poco a poco se habituó a ver la «Presencia de Dios» en la pobreza de su trabajo cotidiano y aprendió su canción, bella como el firmamento: «Por ti, ¡oh Señor!» Ejemplo de piedad y mansedumbre: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos».

En sus labores como supervisor y maestro en la Escuela de Diseño, volvió a aparecer el conductor que fue en su niñez, con el manejo que hizo de la sala de más de 80 alumnos de dibujo. Nunca llegó un minuto tarde a sus labores, siempre mostró paciencia y dulzura con sus discípulos. Igualmente lo hizo con sus alumnos pequeños de piano cuyas clases por la edad eran más que una diversión, un tormento, pero que con mucho amor a ellos supo conducir los primeros pasos de este arte. Fue encorvándose y encaneciéndose, siendo maestro de abuelos, padres e hijos, siempre igual en su paciencia y bondad.

Hay en estos seres un heroísmo ignorado, donde nunca una caricia trae consuelo, pero que por fidelidad a los llamados del Señor, se complacen en aceptar este destino, con la íntima alegría de las almas que ven a Dios.

No siempre los Santos fueron personas de gran inteligencia, pero hay un campo en el cual ellos dominaron como grandes señores: el campo de su relación con Dios. Y aquí, destacó nuestro Hermano Muciano.

Siempre en su vida fue un devoto y amoroso hijo de la Virgen María. No en vano fue en su aniversario cuando se inicia como docente.

La oración no dejaba nunca sus labios y cuando la suspendía, porque empezaba su labor de maestro, se veía que aún allí rezaba porque sus intervenciones traicionaban un diálogo con Dios, por las respuestas inspiradas que ofrecía. Dicen los que lo conocieron que se podría definir así al Hermano Muciano: **«Nació, rezó y murió»**.

Su salud empeoró en el año 1916 y se agravó con la venida de un riguroso invierno, por su estado asmático, pero como Atleta Invicto, hasta dos días antes de morir quiso cumplir con sus acostumbradas devociones y permanencias frente a la Virgen y al Santísimo, de rodillas, aún cuando ya no podía casi moverse. Le ordenaron entonces, que a partir del día 29 de enero de 1917, no debía salir de la enfermería y obedeció. Le fueron suministrados los Santos Oleos Sus últimas horas fueron de una oración continua y tan emotiva, que el hermano enfermero, muy impresionado, lo ayudaba en la oración pues ya casi no podía hablar. Falleció finalmente el día 30, después de oír a las cuatro y media de la mañana, las campanas de convocatoria para la primera oración de la Comunidad, que él mismo había tocado ininterrumpidamente por más de cincuenta años y sus últimas palabras fueron: *«Corazón de mi Jesús, protege a Bélgica!»*.

El más afectado con esta partida, fue su amigo de tantos años, el Hermano Maixentis, quien había sido su guía y maestro desde 1860 y que a la edad de 89 años, se arrodilló frente al cadáver del Hermano Muciano, diciendo: *«Mi dulce amigo, llévame contigo, aquí te espero!»* Solamente unos instantes más tarde, caía al suelo, era llevado a la enfermería y moría al día siguiente.

Sus restos reposan en su querido Saint Berthuin y su tumba es hoy en día punto de peregrinación para miles de devotos que piden y han recibido muchísimos favores concedidos por este humilde servidor de Dios, al que el Altísimo, después de muerto, lo hizo fuerte y pareciera que le hubiese dicho: *«Asciende amigo, mucho más alto»*. La lista de milagros atribuidos a este Santo, es innumerable, y en especial ha realizado milagros a niños, a los que tanto amó y enseñó durante toda su santa vida.

El 30 de octubre de 1977 son beatificados el Hermano Muciano María de Bélgica y el Hermano Miguel Febres-Cordero del Ecuador. El Hermano Muciano María fue canonizado el 10 de diciembre de 1989 por Juan Pablo II.

Pureza, sacrificio y amor filial

Beata Laura Vicuña

Laica salesiana chilena, radicada en Argentina.

F. Johny Caraballo
Custodio de la Fraternidad de la Zona Rural



Nació el 5 de abril de 1891 en Santiago. Fue la primera hija del matrimonio de José Domingo Vicuña y Mercedes Pino. Fue bautizada en la iglesia de Santa Ana, en Santiago, en la misma pila bautismal donde pocos años más tarde recibiría similar sacramento Juanita Fernández Solar, Santa Teresa de Los Andes. Su padre era militar y pertenecía a una familia de la alta sociedad chilena; su madre, en cambio, venía de un estrato social más bajo, por lo cual no fue del pleno agrado de la familia de su esposo. A finales del siglo XIX, Chile se encontraba en una guerra civil y de sucesión. En uno de los bandos en disputa se ubicaba Claudio Vicuña, un pariente lejano de José Domingo, quien se postulaba a ser sucesor del presidente José Manuel Balmaceda. Sin embargo, Vicuña no accedió al cargo y comenzó una persecución a toda la familia Vicuña,

obligando a buscar rutas de exilio del país. Luego del nacimiento de la segunda hija del matrimonio, Julia Amanda, José Domingo murió, dejando a su esposa y sus hijas sin fondos, sin un futuro claro u horizontes que pudiesen seguir, además del riesgo que implicaba llevar el apellido Vicuña. Como una medida desesperada, deciden ir a Argentina para ocultarse durante un tiempo mientras terminaban los conflictos en Chile.

Sus primeros años en Argentina

Mercedes y sus hijas se establecieron en las proximidades de Neuquén, Argentina. Al principio, buscó algún trabajo para poder costear los estudios de sus hijas, llegando a la estancia de Quilquihué. El dueño de esa finca era Manuel Mora. Éste no tardaría en acosar a la madre de Laura, presionándola para que lo atendiera como una esposa, pero sin mediar un compromiso formal entre ambos. A cambio de ello, él costearía los estudios de sus hijas, y ellas permanecerían en la estancia. Es así como Laura ingresa al colegio «*Las Hijas de María Auxiliadora*», que pertenece a la Congregación Salesiana, donde fue instruida tanto en lo cultural como en lo cristiano.

Vocación cristiana

Laura realizó su Primera Comunión el 2 de junio de 1901. Allí es donde manifiesta su vocación de amor a Dios y expresa sus infinitos deseos de servirle hasta, incluso, entregar su vida antes que pecar. A pesar de su corta edad ya poseía una gran madurez en la vida, lo cual le permitió conocer los problemas de su madre y notó cuán alejada estaba de Dios.

Durante una de sus vacaciones escolares, Laura sufrió dos violentos ataques por parte de Manuel, quien buscaba doblegar su voluntad. Como no logró su objetivo, Manuel se negó a seguir costeando los gastos de los estudios de las niñas. Sin embargo, el Colegio acogió el problema y permitieron que Laura siguiera estudiando. A pesar de esto, Laura sentía que la situación de su madre no había mejorado, sintiendo que no había hecho nada por ayudarla.

Un día, y recordando la frase de Jesús: «*No hay muestra de amor más grande que dar la vida por sus amigos*», Laura opta por entregar su vida a cambio de la salvación de su madre. Este ruego fue escuchado y a los pocos meses cayó enferma, empeorando su salud conforme avanzaba la enfermedad. En una visita de su madre, Laura le dice:

Muero, yo misma se lo pedí a Jesús, hace dos años que ofrecí mi vida por tí, para pedir la gracia de tu conversión. Mamá, antes de morir, ¿tendré la dicha de verte arrepentida?

«¡Ay, hija mía!, exclama Doña Mercedes llorando, ¿entonces yo soy la causa de tu enfermedad y de tu muerte? Pobre de mí ¡Oh Laurita, qué amor tan grande has tenido hacia mí! Te lo juro ahora mismo. Desde hoy, ya nunca volveré a vivir con ese hombre. Dios es testigo de mi promesa. Estoy arrepentida. Desde hoy cambiará mi vida».

Laura manda llamar al padre confesor. «Padre, mi mamá promete solemnemente a Dios abandonar desde hoy mismo a aquel hombre». Madre e hija se abrazan llorando.

Desde aquel momento, el rostro de Laura se torna sereno y alegre. Siente que ya nada la retiene en esta tierra.

Recibe la Unción de los Enfermos y su última comunión. Besa repetidamente el crucifijo. A su amiga que reza junto a su lecho de moribunda, le dice: ¡Que contenta se siente el alma a la hora de la muerte, cuando se ama a Jesucristo y a María Santísima!

Lanza una última mirada a la imagen que está frente a su cama y exclama: «¡Gracias, Jesús!, ¡gracias, María!, ¡adios, Mamá!, ¡ahora muero contenta!».

Así, el 22 de enero de 1904, murió Laura Vicuña Pino. Iba a cumplir los 13 años. Ella, con gran generosidad, había entregado su vida por la conversión de su mamá.

Su mamá tuvo que cambiarse de nombre y salir disfrazada de aquella región para verse libre del hombre que la perseguía. El resto de su vida llevó una vida santa.

PROCESO DE BEATIFICACIÓN

Venerable. En la ciudad de Viedma, provincia de Río Negro, se inicia el proceso de beatificación de Laura Vicuña. Con el decreto del 18 de marzo de 1982, la Congregación para la Causa de los Santos introduce la Causa de Laura Vicuña. El 5 de junio de 1986, con el Decreto de Virtudes Heroicas, Laura Vicuña Pino fue declarada Venerable.

Beata. Su proceso de beatificación fue impulsado por el milagro que realizó a la religiosa perteneciente a la Orden de María Inmaculada, Ofelia del Carmen Lobos Arellano. Con el milagro ya cumplido, el 3 de septiembre de 1988, fue Beatificada por el Papa Juan Pablo II, en medio de las celebraciones del centenario de la muerte de San Juan Bosco.

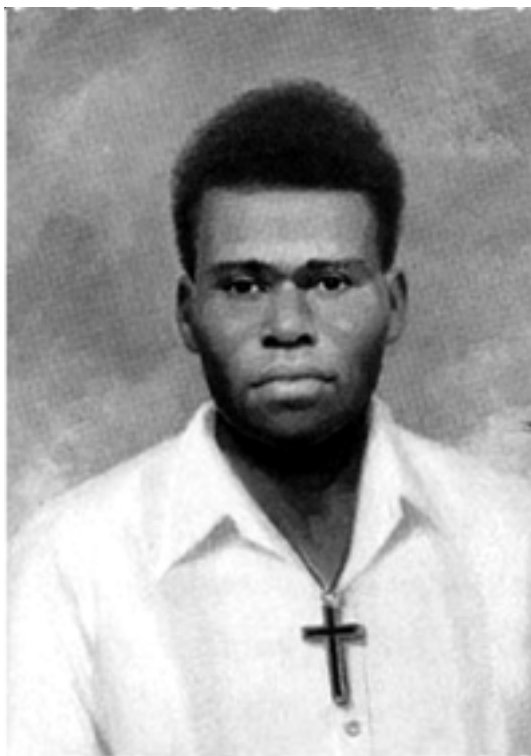
Santuario. En las faldas del Cerro Renca y ocupando 30 hectáreas, en la ciudad de Santiago, se encuentra emplazado el Santuario de Laura Vicuña. Éste posee una capilla con capacidad para 100 personas, salas para encuentros católicos y una amplia área para reuniones de grupos que se encuentren dispuestos a orar con Laura Vicuña.

Pedro To Rot

Catequista y Mártir de Oceanía

S. María Cristina de Lascurain
Custodio de la Fraternidad de Davie, Florida

F. Alejandro Paúl Laguado Sánchez
Vicario de Santa Catalina de Siena de El Junquito



El 17 de enero de 1995, el Papa Juan Pablo II durante su visita pastoral a Papua-Nueva Guinea, beatificó en Port Moresby, Nueva Bretaña, a PEDRO TO ROT, catequista y mártir. Es fruto significativo de la evangelización que, desde 1882, realizan en aquellas latitudes los Misioneros del Sagrado Corazón. Una tierra, que a la llegada de los primeros misioneros, se contaba entre las más primitivas del mundo, entre cuyos habitantes se observaban prácticas de canibalismo. Ella es hoy una floreciente cristiandad, con clero indígena y vida religiosa pujante. Fue necesario el esfuerzo valiente de muchos misioneros, en medio de sacrificios, penalidades, y también persecuciones, coronadas en ocasiones con el martirio. El catequista PEDRO TO ROT, ahora beatificado, es un ejemplo.

El *Beato Pedro To Rot* nació en 1912, en Rakunai, un pueblo de Papúa, Nueva Guinea, en ese entonces isla de «Nueva Bretaña». La fecha exacta del nacimiento se desconoce, porque durante la Segunda Guerra Mundial todos los datos de nacimientos y bautismos de la Estación de Misión de Rakunai, fueron confiscados por las milicias del ejército japonés y nunca más fueron encontradas. El año de su nacimiento está fundado en testimonios. Además, en la cultura papuana, hasta hace unos decenios, no existía una costumbre cotidiana de ordenación de memoria, ni mucho menos una forma de archivo histórico de fuentes y datos. Sus padres fueron Ángel To Puia y María LaTumul.

Es sorprendente el hecho ocurrido en 1898, cuando Ángel To Puia, el gran jefe de Rakunai, un pueblito en las colinas que circundan Rabaul, fue a ver a los Misioneros del Sagrado Corazón, declarando que la mayor parte de su pueblo quería ser católico y no metodista. Ángel To Puia abrió el poblado de Rakunai a la Fe y a la colaboración con los Misioneros. Él se preocupó seriamente de desarrollar y cultivar la vida cristiana en su poblado, donde mantuvo el cargo de Jefe durante cuarenta años. Él quiso que su familia se abriera a los pobres y en particular a los huérfanos, a los cuales él mismo ayudaba en su propia casa.

La dedicación a los estudios y la espiritualidad de Pedro To Rot hicieron pensar a Emilio Jakobi, sacerdote local, que el Beato Pedro estaba llamado para el sacerdocio, sin embargo, Dios tenía otros planes para él. Asistió a la escuela desde los 7 años con gran responsabilidad y sentido del deber, nada común para la época en esa zona. A solicitud de su padre, a partir de los 18 años fue educado en la Escuela de Catequistas de Taliligap con el objeto de ayudar a los Misioneros del Sagrado Corazón en su trabajo. Sin embargo, al terminar el tercer año fue llamado para ayudar al párroco de la aldea de Rakunai, y de esta manera continuaría su formación bajo la dirección del párroco.

Rezaba con fervor, visitaba diariamente el templo y recibía la comunión. No tardó en destacarse como líder, organizando clases de catequesis. El Beato Pedro tenía una sensibilidad especial, le gustaba conocer los problemas de su gente y ofrecerles soluciones.

El 11 de noviembre de 1936 se casa con Paula la Varpit, y tuvo tres hijos: Andrés, muerto después de la guerra; una niña, Rufina; el tercer hijo (del cual no conocemos el nombre) nació en 1945, después de la desaparición del Beato, y murió casi en seguida. «Eran sus palabras tan buenas como sus hechos. Su matrimonio para él fue sagrado y luchó contra la secularización del vínculo, defendida por otros», según expresa su tío el jefe Tarué. La firme posición suya sobre la monogamia fue uno de los motivos de conflicto

con las autoridades de la policía japonesa, con algunos jefes de poblados y con su mismo hermano Joseph. Estos habían propuesto volver a los orígenes y legalizar la poligamia. Su acción y su palabra eran admirables. Naturalmente toda su atención estaba volcada hacia la Iglesia.

Frecuentaba con gusto la oración. Rezaba con auténtico fervor. Pasaba por la iglesia antes de ir al trabajo, también a la vuelta, y después de las comidas, y varias veces a lo largo del día, cuando las clases le dejaban algún tiempo libre. Sentía profundo amor a Jesús Sacramentado. Comulgaba diariamente percatándose de que Jesús era la vida y fuerza de sus obreros.

En ese contexto, *Pedro se ocupó especialmente de los enfermos y de los moribundos*. Les visitaba, les exhortaba al arrepentimiento, les preparaba a bien morir. Si sobrevenía la muerte, cumplía con ellos la última obra de misericordia, dándoles sepultura cristiana. Cuando le fue oficialmente prohibido continuó haciéndolo en secreto, incluso durante la noche, sin temer las desagradables consecuencias a que se exponía. «*Ante todo, la obra de Dios*», era su máxima.

Organizaba catequesis para que su pueblo no quedara sin instrucción religiosa, asimismo realizaba peregrinaciones a Bitagalip. Éstas eran unas caminatas de seis horas, pero el sacerdote local podía administrarle los sacramentos a los peregrinos. Cuando la situación se tornó más difícil debido a la guerra y a las persecuciones religiosas, animó a sus seguidores para que protegieran los objetos del templo y de la casa del párroco, y se las llevaran a sus granjas.

A pesar de haber sido vetado el culto cristiano y habiendo proliferado la precedente práctica de la poligamia, Pedro To Rot se opuso decididamente a todo esto. Entró en conflicto con el oficial de policía japonesa Mecida, y peor aún, con el policía indígena metodista To Metapa, que había puesto los ojos sobre una mujer católica ya casada y pariente lejana de Pedro. To Metapa, con su deseo de venganza, denunció a Pedro de haber unido en matrimonio a una pareja de novios venidos de otro poblado. No había cesado de espiar a Pedro, especialmente los domingos por la mañana. Rondaba sigilosamente en torno a la granja de Palnalama y de la Iglesia de la selva, donde ya no se celebraba ningún servicio religioso.

To Rot fue arrestado entre abril y mayo de 1945. En su interrogatorio, conducido por el oficial Mecida y haciendo referencia a la pregunta sobre las ceremonias religiosas: «¿No sabes que tales actos están prohibidos?», y contestó que sí, Mecida lo golpeó en la cabeza con un bastón y continuó golpeándolo en las costillas y en el cuello. Luego lo internó en un campo de concentración implementado en los alrededores de una caverna, sin permiso de salir de la celda. Un compañero de detención decía: era visitado a menudo en prisión por su anciana madre y por su esposa, que le llevaban comida

todos los días. En una de las últimas visitas, To Rot le dijo a su madre: *«La policía me ha dicho que están esperando al médico japonés que viene a darme una medicina. Tengo la sospecha que todo esto sea un truco. Verdaderamente yo no estoy enfermo y no sé lo que todo esto significa.»* Murió víctima de una inyección letal y de asfixia, el 7 de julio de 1945.

El Beato Pedro To Rot es el primer nativo de Oceanía en recibir esa distinción. Fue Beatificado por el Santo Padre Juan Pablo II en Port Moresby el 17 de enero de 1995, en una ceremonia muy emotiva donde los nativos entonaron un himno en inglés pidgin: *«Yu strong nay u tru.»* Una alabanza por su condición de fuerte y auténtico.

El Beato Pedro To Rot fue seleccionado, previa aprobación del Vaticano, entre los diez patronos de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada el pasado mes de julio en Sydney, Australia. Entre las cualidades que destacaron los organizadores del evento para distinguirlo con tal honor, *«Fruto espiritual de generosidad al difundir el Evangelio por medio de la enseñanza y la oración. A través de los dones del entendimiento y la veneración del Espíritu Santo, la vida y muerte del Beato Pedro le llama a honrar la sacralidad del matrimonio sacramental entre un hombre y una mujer.»*

El Beato Pedro comparte este honor con Nuestra Señora de la Cruz del Sur y santos de la talla de Santa Teresa de Lisieux, Santa Faustina Kowalska, Santa María Goretti, San Pedro Chanel, Beata Mary MacKillop, Beato Pier Giorgio Frassati, Beata Madre Teresa de Calcuta y S.S. Juan Pablo II. Es un honor para Athletae Christi, que de los diez patronos seleccionados, seis son modelos de santidad de la Familia, la Santísima Virgen Nuestra patrona y SS Juan Pablo II, protector y guía especial.

S.S. Benedicto XVI en la Santa Misa celebrada el 20 de julio en el Centennial Park en Sydney, Australia con motivo de la clausura de las XXIII Jornadas Mundiales de la Juventud expresó, *«La fuerza del espíritu nunca deja de llenar la vida de la Iglesia, sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu, no es algo que podamos merecer o conquistar; sólo podemos recibirla como puro don.»* Agregó, *«Tenemos que permitir que el amor de Dios penetre en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestra aridez espiritual, de nuestro conformismo ciego con el espíritu de nuestro tiempo.» ...»* Por eso, *la oración es tan importante: la oración cotidiana privada en la tranquilidad de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacramento y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia.»*

La extraordinaria labor del Beato Pedro To Rot, nuestro compañero de camino, nos recuerda el trabajo que con mucho cariño y dedicación realizan nuestros Athletae Christi en la zona insular y en las zonas rurales. Asimismo nos recuerda a nuestros Hermanos Athletae Christi en las zonas lejanas del Medio Oriente.

Beato Pedro To Rot, acompáñanos en nuestro peregrinar.

¿Qué queréis Señor de mí?

Santa Maravillas de Jesús

F. Alfredo Reina Flamerich
Custodio Regional de España



Qué osadía la mía, escribir sobre nuestra Patrona y Protectora de los Athletae Christi de España. Realmente, cuando recibí el pedido de Mons. Febres-Cordero, le pregunté a Sorer María Elena ¿qué título debo dar a este escrito?, a lo que me dijo: «lo que tú pienses que pueda describirla». Es muy difícil describir quien era Santa Maravillas de Jesús, pues sencillamente es Santa y fue Santa desde su infancia pues, a pesar de haber nacido en un hogar con todos los privilegios y dinero que cualquier otro ser pudiese desear, decidió colocar a un lado todo aquello y abrazar la Cruz como Carmelita Descalza. Sin embargo, pienso que fue una niña que fue escogida por Dios y amadrinada por la Santísima Virgen, y que, como les contaré más adelante, desde muy temprana edad manifiesta su deseo de entregarse a Dios.

Madre Maravillas, nacida en un hogar que se distinguía por su profunda religiosidad, y como dato anecdótico les cuento que a los fines de proteger y velar por los intereses de la Iglesia y las ordenes religiosas, el padre y el

tío de Madre Maravillas, Don Luis Pidal y su hermano Don Alejandro, fundan en 1881 un partido político llamado «La Unión Católica», con el beneplácito del Papa León XIII y el episcopado español. Dicho intento no tuvo el éxito deseado por sus autores debido a las divisiones entre los diferentes grupos políticos y por querer tomar parte en la política «conservadora», desde el punto de la perspectiva cristiana. Procedía de una casa de alta cultura y de evidente distinción social, hija de Doña Cristina Chico de Guzmán y Muñoz y de Don Luis Pidal y Mon, Marqueses de Pidal. Es concebida en Roma cuando sus padres se desempeñaban como Embajadores de España ante la Santa Sede. Luego deciden venir a Madrid, para que aquí naciera la hija que esperaban. Fue el 4 de noviembre de 1891, cuando nace Maravillas Pidal y Guzmán.

La Madre Maravillas fue educada en su casa por institutrices y su abuela materna Doña Patricia Muñoz, persona muy piadosa que vivía su viudez como una religiosa. Fue preparada en cultura general y aprendió inglés y francés.

Maravillas de Jesús ingresa en el Carmelo de El Escorial el 12 de octubre de 1919, pero he de decir, que Maravillas se prometió al Señor a la edad de cinco años, según atestiguó en su debido momento una criada, diciendo: «y en el desván de la casa, ante un altar improvisado por ella misma, se prometió al Señor ante una imagen de la Virgen María.»

A través de su vida podemos observar que Madre Maravillas fue una persona muy humilde, hasta el punto de querer ser ignorada. Su entrega a Dios es total y ella no desea nada para sí misma, sino servir a Dios como un ser sin identidad propia. Cuando ingresó al convento la priora le pregunta «¿como deseas llamarte?» y ella le responde: «María o como quieran..., todo menos Maravillas». Pues no fue así, decidieron darle su mismo nombre además de Jesús. Cuentan que en los últimos tiempos de su vida, y ya muy sin fuerzas, ella expresaba su felicidad porque se creía olvidada.

Es válido todo lo que podamos concluir en qué deseaba expresarnos Madre Maravillas con su lema: «Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera». Es para mí, que toda su entrega comienza por renunciar a su voluntad y entregarse sólo a la Voluntad de Dios, en la forma que El quiera y al momento que El lo disponga. En la vida de nuestra santa madrileña observamos que era muy proclive a usar frases que contienen un mensaje muy especial que sirve de guía y ejemplo para enriquecer nuestra vida espiritual. Esto es perceptible al leer sus sencillas cartas llenas de gran respeto hacia el destinatario, humildes en su forma y sabias en su contenido. Su obra está reflejada en sus cartas. Hacía seguimiento a todas sus obras emprendidas y proyectos por ejecutar. En la India fundó el Carmelo de Kottayam que este año cumplió 75 años de fundado. Esto ocurrió así: Madre Maravillas era fiel seguidora de Santa Teresa de Jesús. En el Libro de las Fundaciones, relata

Santa Teresa las informaciones que le daba Fray Alonso Maldonado y dice: «Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí (en la India) se perdían. Yo quedé tan lastimada, que no cabía en mí. Fuíme a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Había gran envidia a los que podían por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes..., pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer». Por todos estos sentimientos de su santa madre Santa Teresa de Jesús, en 1932 recibió Madre Maravillas la invitación a fundar el Carmelo de Kottayan y acogió como tierra abandonada esta insinuación.

Pero retomando a su lema podemos dar a conocer infinidad de frases que han sido recopiladas por las santas madres Carmelitas del Convento de «La Aldehuela», en un pequeño libro titulado «Así Pensaba y Vivía...».

Ahora bien, les digo: y por ser tan poco yo, mis palabras se enredan al tratar de hablar de tan notable Santa. Debo más bien copiar sus sabios sentimientos que en cualquier oportunidad expresaba, dejándonos de esta manera una rica herencia de sabiduría y ejemplo para poder seguir sus pasos. Manifestaba Madre Maravillas:

« Es de veras un dolor que se pase la vida sin procurar imitar a Cristo...»

«¡Qué bien se puede uno santificar con una vida sencilla y humilde, sin perifollos!»

«El sufrir pasa y el haber sufrido queda. ¡Qué prueba de amor es que digne pedimos sacrificios por su gloria, por las almas!»

«¡Qué bueno es dárselo todo y no querer más que contarle...! ¡Qué importa todo lo demás!»

«Si no me concede la gracia tan inmerecida de poder dar la vida por Él, que es mi mayor deseo, quisiera emplearla toda en sufrir cuanto pudiese por su amor».

«¿Qué queréis, Señor, de mí...? A todo cuanto el Señor te envíe, dí siempre estas palabras y encontraras la paz verdadera».

«No se canse de ese camino que tan de verdad la lleva a adentrarse en el Corazón de Cristo...»

«Pierda tierra adentrándose en ese Corazón Divino y déjele obrar confiadamente, segura de Él...»

«¡La verdad que somos felices! Pues no queremos otra cosa que lo que Él quiera...»

Y el 11 de diciembre de 1974, muere Madre Maravillas dejándonos varios mensajes:

La pobreza es un tesoro..., grandeza la humillación..., el dolor se hace alegría..., la soledad, compañía..., la obediencia libertad.

En sus últimos momentos se da cuenta que la hora de la muerte ha llegado y dice:

¡La verdad que somos felices! , ¡Que felicidad morir Carmelita!



*Gracias, Madre Maravillas de Jesús
por haberme convertido en un Athleta Christi Carmelitano.*

Frater Alfredo

Charlie

Carlos Manuel Rodríguez Santiago un modelo puertorriqueño

S. Marisol de Pinza
Educatora e Ingeniero



Liniando el año 2008 nos reunimos los Athletae Christi, y en el retiro, Monseñor Rafael Febres-Cordero nos informó quiénes serían los santos acompañantes de este periodo. Cuando nombró a Charlie mi corazón saltó de alegría y no pude evitar las lágrimas de la emoción. Dijo: «familiar de nuestra Sorer Marisol». Sí es mi familia política, ya que la hermana mayor del Beato, Carmen Gloria está casada con Andrés Roda García, quien es tío de mi mamá (por tanto tío abuelo de la Sorer).

Son años oyendo hablar de Charlie. Cuando visitábamos a los tíos Carmen y Andrés, era vivenciar a una familia humilde y santa, donde la felicidad se reflejaba en la sonrisa y las atenciones de dos ancianos llenos de la paz que sólo Dios ofrece. La tía Carmen siempre decía: «¿conoces a mi hermano Charlie, el Beato?», y orgullosa lo mostraba en las fotos que adornaban la sala, mientras que el tío Andrés la miraba con ojos de amor. ¿Y cómo no estar orgullosos?, «Carlos es el primero y por ahora, el único beato puertorriqueño».

Durante el proceso de beatificación, el libro sobre su vida llegó a manos de mi mamá (Carmen Delia) y obviamente a las mías. Después de disfrutar de la lectura, me dije: «es una vida que se puede imitar». En mi corazón quedó una frase que Charlie decía con insistencia y hoy centra mi vida «*ser santo no es hacer cosas extraordinarias, es hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien*».

La vida de Carlos es sencilla, recorrida en el ambiente universitario de Puerto Rico. Llena de contrastes. De apariencia débil, flaca y enfermiza, pero con personalidad recia, simpática, alegre, jocosa y llena de fortaleza. No pudo terminar sus estudios, pero su oficinita secretarial era el centro de consulta vocacional y cultural, tanto para profesores, alumnos, autoridades eclesiales y universitarias, le llamaban «enciclopedia ambulante»; hoy, Carlos es considerado el doctor de la cultura puertorriqueña; se dictan congresos en la UPR basados en sus enseñanzas. Pobre, pero sus escasos ingresos lo empleaba mayormente en su apostolado; costeaba la reproducción de los libros que traducía, las repartía gratis, igual que la revista de su autoría.

Si analizas lo que he escrito, a los ojos de los hombres sería un gran fracasado. A los ojos de Dios un Gran Santo.

A continuación, te invito a disfrutar de su vida con datos tomados del testimonio de su hermano Rvdo. P. José M. Rodríguez Santiago, OSB.

Carlos Manuel Rodríguez Santiago. Nació en Caguas, Puerto Rico, el 22 de noviembre de 1918, hijo de Don Manuel Baudilio Rodríguez y Doña Herminia Santiago Esterás, ambos provenientes de familias numerosas, humildes, sencillas y muy cristianas. Carlos Manuel fue bautizado en la Iglesia del Dulce Nombre de Jesús en Caguas, el 4 de mayo de 1919. Era el segundo de cinco hermanos.

Cuando Carlos Manuel contaba unos seis años de edad, un fuego voraz consumió totalmente la pequeña tienda de comestibles del papá y la sencilla vivienda de madera de la familia. Como resultado, perdieron todo lo poco que tenían y se vieron precisados a mudarse a la casa de los abuelos maternos. Aquí, Carlos Manuel vivió en estrecho contacto con su abuela Alejandrina Esterás, una santa mujer al decir de quienes la conocían, de oración prolongada y profunda a la que se dedicaba varias veces al día frente al altar y al crucifijo que mantenía en su habitación. Alejandrina ejercía la caridad del silencio y del respeto para con su prójimo.

Manuel Baudilio, el padre, murió en el 1940, cuando Carlos Manuel tenía 21 años de edad. Herminia, la madre, tenía la virtud de la serena alegría iluminada por la Fe.

Por tanto, las primeras lecciones en la Fe católica y las vivencias de esa Fe las recibe y las experimenta Carlos Manuel desde muy temprano en el seno de su propia familia. Luego, como todo niño, poco después de los seis años comenzó su vida escolar en el Colegio Católico de Caguas, en donde permaneció hasta el octavo grado. Allí conoció a las Hermanas de Notre Dame y de los Padres Redentoristas, desarrolla su primera educación formal humanística y religiosa, recibe a Cristo por vez primera en la Sagrada Eucaristía que marcaría un amor para siempre, se hace monaguillo y posiblemente, siente la llamada inicial a una vida de entrega total a Cristo. Como monaguillo, empieza a degustar las riquezas de la Fe a través de la liturgia de la Iglesia.

Carlos Manuel se gradúa de octavo grado en 1932 con el primer honor de su clase y la medalla de religión. Pasa entonces a cursar estudios en la única escuela superior de Caguas en esa época, la Escuela Superior Pública Gautier Benítez. Pero durante el segundo semestre de ese curso escolar, empieza a notar los primeros síntomas de una enfermedad que se detectaba como un desorden gastrointestinal, que habría de causarle muchísimos inconvenientes por el resto de su vida y que se iría agravando paulatinamente aunque sin jamás doblegarle su espíritu de entrega a Cristo y a la Iglesia.



De izquierda a derecha: Andrés Roda, Carmen Gloria (hermana mayor de Carlos Manuel Rodríguez) y mi mamá Carmen Delia.

A manera de paliativo para su incipiente condición de salud, Carlos Manuel es enviado a hospedarse con unas primas de su mamá, que residían en Santurce, y logra reunirse nuevamente con las Hermanas de Notre Dame y los Padres Redentoristas, esta vez en la Academia de Perpetuo Socorro de Miramar, donde cursa su tercer año de Escuela Superior (1934-35). Regresa a Caguas, pero su salud le impide retomar de inmediato a la escuela. Trabaja por algún tiempo y, finalmente, termina su cuarto año en la Gautier Benítez en 1939, aprobando ambos cursos, el comercial y el científico.

Continúa desempeñando trabajos clericales y más tarde (1946-47) logra completar un año de estudios en la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras. A pesar de haber terminado con calificaciones de «A» en todas las materias y de su amor por los estudios, una vez más su salud le impide continuar estudios formales, esta vez definitivamente.

Sin embargo, los estudios jamás terminaron para Carlos Manuel. Era un ávido lector. Dondequiera que iba llevaba libros que subrayaba a medida que leía. Todo le interesaba: las artes, las ciencias, la filosofía, la religión, la música.

Tomó clases de piano por algo menos de un año, pero su interés era tan grande que continuó estudiando por sí solo hasta lograr ejecutar, incluso en el órgano de la Iglesia, la música sacra que tanto disfrutaba.

Carlos Manuel continuó trabajando... en Caguas, Guaro, en la Estación Experimental Agrícola de Río Piedras, en funciones clericales y de traductor. Su modesto salario lo empleaba casi en su totalidad en promover el conocimiento y el amor a Cristo, especialmente a través de la liturgia. Por eso, se afanaba en traducir artículos que leía sobre la materia y que él editaba vaciándolos en sus dos publicaciones a manera de folletos mimeografiados, *Liturgia* y *Cultura Cristiana*, tarea a la que dedicaba incontables horas de trabajo.

Cada vez más convencido de que la liturgia es la vida misma de la Iglesia a través de la oración, la Santa Misa y los sacramentos, organiza en Caguas un Círculo de Estudios de Liturgia, con la colaboración de su amigo Padre Bernardo McWilliams. También en Caguas, en 1948, funda junto al Padre Daniel McGlone el coro parroquial *Te Deum Laudamus*.

En Río Piedras, siendo sus hermanos Pepe y Haydee profesores de la Universidad de Puerto Rico, Carlos Manuel lleva su ardiente deseo de dar a conocer a Cristo a profesores y estudiantes de ese centro docente. Al ampliarse el grupo de sus discípulos, se mueve con ellos al Centro Universitario Católico, organiza otro Círculo de Liturgia (más tarde llamada *Círculo de Cultura Cristiana*), continúa con sus publicaciones y organiza y da forma con los universitarios a los *Días de Vida Cristiana* para entender y gozar los tiempos litúrgicos. Participa en paneles sobre diferentes temas, siendo él el porta estandarte de la vida litúrgica y el sentido pascual de la vida. Según el Padre McWilliams, organiza grupos de discusión en diferentes pueblos y, como partícipe de la *Cofradía de la Doctrina Cristiana*, imparte catequesis a jóvenes de escuela superior aportando él todo el material que mimeografiaba sin descanso para suplir las limitaciones económicas de sus jóvenes alumnos. Defiende y promueve con fervor extraordinario entre obispos, clero y pueblo la renovación litúrgica de la Iglesia a través de la participación activa de los fieles, el uso del vernáculo y, muy especialmente, de la observancia de la Vigilia Pascual según la inspiración de su Santidad Pío XII y todo esto, interesantemente antes del Concilio Vaticano II.

Sus fuerzas físicas desgastadas, pero jamás su espíritu doblegado, vivía cada momento superando calladamente su dolor con el gozo profundo de quien se sabía resucitado. Minada finalmente su salud por la enfermedad que se diagnosticó como un cáncer terminal del recto, primero hospitalario y luego ambulatorio, fue ingresado en el Hospital San Jorge de Santurce en junio de 1963. Allí padeció la noche oscura de la fe pensándose abandonado de Dios hasta que la Misericordia, que jamás lo había abandonado, se le mostró patente y, en ese encuentro singular, resucitó también con Cristo para la Pascua eterna, su Pascua, en la madrugada del 13 de julio de 1963, a los 44 años de edad. Sus restos mortales descansan, desde su beatificación, en la Catedral de Caguas, Puerto Rico, donde también se encuentra el pequeño museo con reliquias del Santo.



Boletín

Athleta Christi

FAROS PRESENTADOS EN LAS PORTADAS

- 1.- Faro idealizado de Los Roques, Venezuela
- 2.- Faro Slangkop, Cape Town, Costa África del Sur
- 3.- Faro de La Puntilla, Porlamar, Isla de Margarita, Venezuela
- 4.- Faro Assateague Island, Maryland, Virginia, USA
- 5.- Faro Clarence River, Yamba, Australia
- 6.- Faro Lady Bay en Victoria, Australia
- 7.- Faro Cabo Sándalo, Isla de San Pedro, Cerdeña, Italia
- 8.- Faro Tiumpan Head, Escocia
- 9.- Faro Point Vicente, Palos Verdes, California, USA
- 10.- Faro Sherwood Point, Región de los Grandes Lagos, Wisconsin
- 11.- Faro Sur. Ras Ayqah, Golfo de Omán
- 12.- Faro Hurricane Point, Tokio
- 13.- Faro Cabo Espartel en Tánger, Marruecos
- 14.- Faro Maatsuyker, Tasmania
- 15.- Faro de Punta Higüero, Puerto Rico
- 16.- Faro de Galicia, España.
- 17.- Faro La Serena, Chile.
- 18.- Faro delle Vittoria, Trieste, Italia.
- 19.- Faro Huntsville, Alabama, USA
- 20.- Faro Farallón, Isla La Tortuga, Venezuela.

E-mail del Boletín: Norka.Salas@gmail.com

Este Boletín se terminó de imprimir
en las prensas venezolanas de
Organización Gráficas Capriles
en la ciudad de Caracas.

Teléfonos: (0212)239.56.19 / 238.12.17
E-mail: ogcapriles@cantv.net